



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 24. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Junio 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

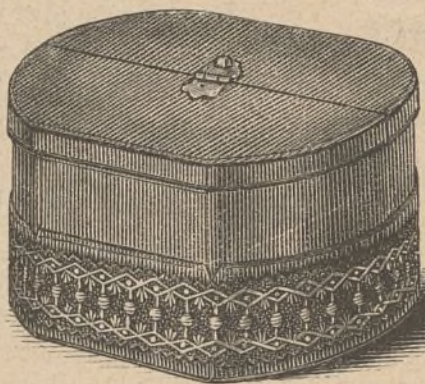
SUMARIO.—Explicación de los grabados.—Paletot de verano.—Túnica de moda.—Fichú bordado.—Vestido interior forma princesa.—Sombrero para jardín.—Sombrero para playa.—Objetos de viaje.—Camisa para niño.—Enaguas para niñas.—Cuello de tul y encaje para señora.—Canastilla de paja bordada.—Caja para cuellos.—Cartera género japonés.—Cubierta para sillón bordada de color.—Puntillas de crochet y trencilla.—Puntilla bordada en tul.—Cubierta para sombrilla.—Rinconera bordada.—Caja para

sellos.—Cenefa para toallas, mesa y sillas adornadas para jardín.—LITERATURA: Las primeras escarchas, por Isabel de Villamartin.—El ciprés, poesía, por Joaquín Olmedilla.—La ciencia del sentir, poesía, por Joaquina Balmaseda.—La Ninfa del Tajo, por Constanza Vereá.—Marina, por Angela Grassi.—Salones y teatros, por Víctor Cuende.—Secretos de tocador.—Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. CANASTILLA DE PAJA BORDADA.

La misma canastilla de paja trenzada puede ser fácilmente hecha por nuestras lectoras: las esterillas de paja tienen 2 cents. de ancho y se bordan con puntos cruzados y estrellas, armándola sobre cartón, forrado por dentro de cachemir; el asa y la correa para cerrarla son de cuero, y una cinta rizada orilla el borde. Pueden también comprarse estas canastillas ya hechas, y sólo enriquecerlas con el bordado; la nuestra tiene 60 cents. de círculo inferior y 74 en el superior por 14 de altura. Las cenefas son dos tiras, una del forro que vuelve, y otra de otro color bordada á punto ruso.



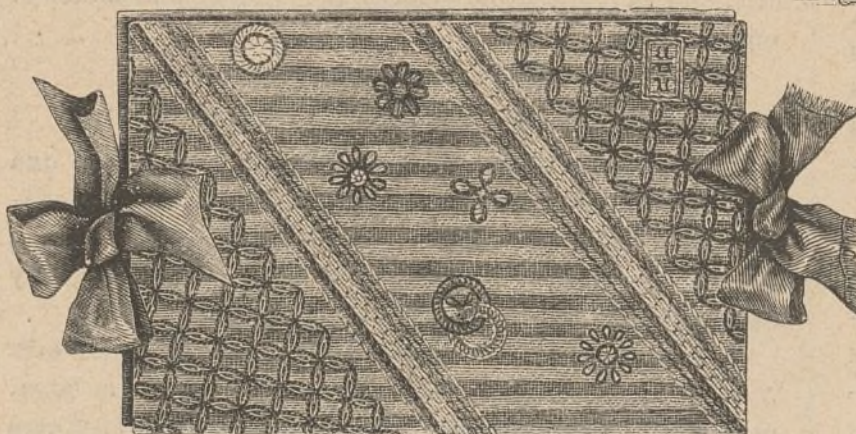
1. Canastilla de paja bordada.



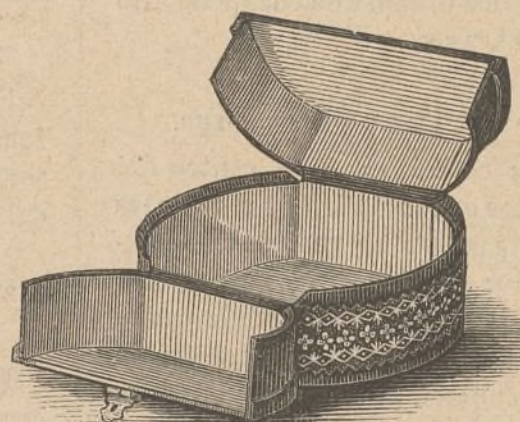
2, 3 y 24. CAJA PARA CUELLOS.

La armadura es de cartón, forrado de piel de Rusia. Comprase la caja ya hecha, y se forra y adorna á capricho: nuestro modelo, de forma circular, con la cubierta en dos mitades, unida del centro por un broche, tiene 8 cents. de altura por 14 de circunferencia. El número 24 ofrece la cenefa bordada en paño grana si la caja es clara, negro si es encarnada, con torzales de colores.

2. Caja para cuellos. (Véanse los núms. 3 y 24.)

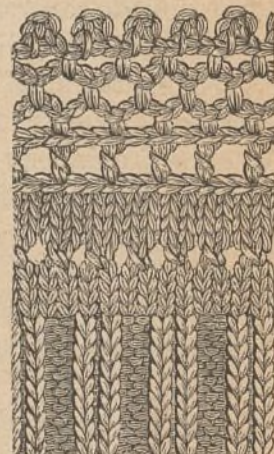


6. Cartera: género japonés.



3. Caja para cuellos cubierta. (Véase el núm. 2.)

manta lleva unido á ella el almohadon de viento hecho en guttapercha, y la funda para los paraguas tiene dos ó tres separaciones para los distintos paraguas ó sombrillas que haya que colocar; dos correas que los ciñen permiten llevarlos cómodamente.



5. Punto de crochet para cuerpos.

8 y 9. CUBIERTA DE SILLON BORDADA EN COLOR.

Materiales: paño grana y verde oliva, lana y seda argelina de varios colores.

Las cubiertas de sillón ó antimacasares de crochet y encajes, de diferentes clases, se sustituyen á veces por otras bordadas en paño, cachemir ó seda género oriental, sobre todo en las mecedoras de rejilla ó en los sillones de junco para jardín. Nuestro modelo, que puede asimismo utilizarse para alfombra de lámpara ó candelabro, es de paño grana, con el centro de paño verde, y sobre uno y otro diferentes dibujos y

4 y 5. PUNTOS DE CROCHET Y AGUJA Y CENEFAS PARA CUERPECITOS.

El primero es el conocido punto de piqué, harto empleado en refajos y baberos, el cual, ajustándole á un patron, puede prestarse á toda clase de prendas de punto: la cenefa que le termina es tan sencilla que no merece explicación.

El segundo es de punto de aguja, hecho de elástico, ó sea 2 puntos del revés y 2 del derecho: una puntilla de una vuelta de barras de crochet y 2 de ondas encima le completa.

6. CARTERA: GÉNERO JAPONÉS.

Materiales: cartón fuerte, gros, torzal y seda de Argel, cinta é hilillo



7. Objetos para viaje. Maleta, manta con almohadon de viento, porta paraguas, cesta y sombrero.

arabescos, que indica con toda claridad el núm. 9, y cuyos colores se van colocando según el gusto de la bordadora, pero cuanto más contrarios mejor. Los contornos son todos de hilo de oro, sujeto con puntos negros de seda de coser, y los centros á cuadros, en rejilla ó al pasado muy claro, se ocupan con colores variados: para formar cenefa y ocultar la union del centro, de paño verde, se disponen dos órdenes de seda argelina, una lila y otra azul por ejemplo, sujetas por puntos de seda de coser amarilla, y otro orden de la última algo más separada, ocupando el centro de ambas sedas nudos de otro color. Las esquinas de la cenefa son asimismo de seda amarilla; después de concluido el paño se pica en ondas, y entre ellas van borlas de distintos colores unidas por una cadeneta que se fija sobre el paño.

10 Á 13. CAMISA PARA NIÑO.

(Patron en el pliego del 18 por el derecho, núm. VI, figura 23.)

Esta camisa es muy cómoda para niños ó niñas de dos y tres años, porque lo mismo pueden usarla con trajes altos que escotados: el núm. 10 la presenta alta, y el número 11 escotada por medio de dos cortes en los extremos del escote, que permite volver éste en solapa y anudar el cordón por debajo de los brazos. Una pequeña puntilla de crochet y trencilla, para la que ofrecen modelo los núms. 12 y 13, completan la camisa.

14 Á 16. ENAGUAS PARA NIÑAS DE 2 Á 4 AÑOS.

(Patron y dibujos en el pliego del 18 por el derecho, número IX, figuras 27 á 29.)

Todas estas enaguas, constan de paño nesgado por delante, una nesga á cada lado y un paño al hilo por detrás, todo de unas dimensiones de ancho proporcionadas al tamaño de la enagua; la cintura es una tira de 8 cents. de ancho por 54 de largo, doblada por la mitad y con ojales que permiten fijarla al corsé. Para los adornos remitimos á nuestras lectoras al pliego de patrones y á los entredos 17 y 18. La núm. 14 lleva un entredo, jareta y encaje al canto; la 15, un plegado menudo con entredos bordado á la pegadura, y la 16 dos órdenes de encaje de hilo con bordado ruso sobre cada uno.

17 Á 19. ENTREDOS Y PUNTILLA DE CROCHET.

17. *Entredos con puntos canutillos.*—El centro del entredo que tiene los puntos canutillos se ejecuta ántes en sentido contrario y de este modo: 1.ª vuelta: tres puntos en el aire, dos canutillos en el segundo; 2.ª vuelta: seis puntos en el aire, uno doble sobre el segundo canutillo; 3.ª vuelta: tres puntos en el aire, dos canutillos en el centro de los seis puntos anteriores. Repitiendo estas dos últimas vueltas se obtiene el centro de canutillos, que son, como saben nuestras lectoras, muchas vueltas del hilo dadas á la aguja y sacadas por un punto. Las orillas del entredo son grupos de barras en los calados que forman los seis puntos, y otra vuelta de barras encima.

18. *Puntilla de crochet con punto canutillo.*—En la primera vuelta se ejecutan los anillos y el canutillo que ocupa el centro, y se comienza por él en esta forma: cuatro puntos de cadeneta, uno canutillo en el primero; siete de cadeneta, uno doble del otro extremo del canutillo, haciendo la mitad del anillo; siete de cadeneta, uno doble al extremo contrario, formando el anillo completo. Se repite de señal á señal. El resto aparece claro en el dibujo.

19. *Puntilla de trencilla y crochet.*—La perfección del dibujo permitirá fácilmente copiar esta puntilla sin ninguna explicación; dos trencillas de picos son el fundamento de la puntilla, y dos hileras de festones la terminan.

20 Y 21. VESTIDO INTERIOR FORMA PRINCESA.

(Patron en el pliego del 18 por el derecho, núm. II, figuras 5 á 8.)

En el mismo pliego de patrones va la explicación de este vestido interior, con *coulisse* y cola añadida, y volante por delante y dos por detrás.

22 Y 23. ENTREDOS PARA ROPA BLANCA.

El primero es una cinta de hilo bordada á punto ruso, con algodón de color, y sirve, como la siguiente, para delantales de niños, vestiditos de hilo crudo ó enaguas sobre los volantes.

La segunda es otra variación para el mismo objeto, bordada á lomillo con algodón de dos colores.

25 Á 27. ENTREDOS Y PUNTILLA BORDADOS EN TUL.

Ejecútanse estos bordados con hilo plata ó de lustre á zurcido sobre el tul: en el mes de Marzo de este año

recibieron nuestras lectoras modelo para los calados que presenta el núm. 26. Un piquillo de encaje termina los picos del núm. 27.

28. CUELLO VUELTO.

Este cuello conviene á todas las edades, y es para vestir: bórdase sobre tela doble á punto de feston, punto de contorno y punto ruso, recortando una de las dos telas en la parte exterior de las flores: el encaje, casi estirado, está hecho de encaje inglés.

29 Y 30. PALETOT Y TÚNICA PARA SEÑORA.

Ambas prendas corresponden al vestido núm. 7 del CORREO anterior, y en él los galones bordados iban sustituidos por biéses. Esta hechura de paletot y falda sencilla es muy propia para los vestidos bretones, tan estimados este año. Los galones que adornan estas dos prendas están bordados con color sobre una cinta de hilo ancha, por el mismo estilo de las que presentan los números 22 y 23.

31. CUBIERTA DE SOMBRILLA.

Tiene 15 cents. de diámetro nuestro modelo, pudiéndose, no obstante, agrandar ó achicar el dibujo según se quiera. Se borda sobre un redondel de tul fino, con aplicaciones de cinta de encaje lisa y de medallones. La parte que forma relieve y las barretas son de seda ó hilo; los troncos y las venas, de hilo, plata y seda. Una trencilla de picos forma la cenefa, y una cinta de terciopelo negro ó raso de color sirve de transparente al entredo calado.

32. FICHÚ BORDADO.

El grabado 45 de este mismo número dá de tamaño natural el dibujo para este elegante fichú, cuyo adorno se completa con un fleco.

33. RINCONERA CON CENEFA BORDADA.

Nuestro modelo es de tela azul, adornada con tiras de tela blanca bordada á la cruz con algodón azul ó encarnado.

34. CAJA PARA SELLOS.—PINTURA EN MADERA.

El motivo principal de la tapa es un águila sobre fondo madera negro ó de cualquiera color. Nuestras lectoras han recibido ya numerosas explicaciones acerca del modo de ejecutar este trabajo.

35. CENEFA PARA TOALLAS.—BORDADO SIN REVES NI DERECHO.

Es un nuevo modelo para aumentar la preciosa colección que ya han recibido nuestras lectoras, destinados al mismo objeto.

35 Y 36. SOMBREROS PARA JARDIN Y PLAYA.

35. Es de ala ancha, guarnecido por dentro con una diadema de cinta de reps azul claro, con rosas y miosótis. Otra cinta azul claro rodea la copa; un lazo de la misma va sujeto por delante con un grupo de flores, y otro igual, pero más pequeño, en el costado.

36. Lleva el ala levantada de un lado, teniendo ésta 5 cents. de ancho, forrada de terciopelo negro. La copa, muy alta, va circuida con una cinta verde-musgo y otra mas estrecha color tilo, siendo de estos dos colores el lazo de largas caídas y el matizado de la pluma que desciende por delante.

38 Á 41. MESA PARA JARDIN, FORMA DE TRÉBOL.

El grabado núm. 38 dá de tamaño natural la cenefa para este lindo tapete, bordado á punto de cruz, sin revers ni derecho. El núm. 39 dá, también de tamaño natural, la puntilla que le guarnece, hecha con trencilla y puntos de encaje, de facilísima ejecución; el núm. 40 la cuarta parte de uno de los medallones, y el 41 el croquis de la mesa, ya adornada con el tapete.

42 Y 43. SILLA PARA JARDIN.

El adorno de esta silla no puede ser ni más sencillo ni más propio del lugar á que se la destina. Se reduce á un bordado á la cruz sobre lona, completando el adorno del respaldo una puntilla terminada en flecos.

44. SILLA PARA JARDIN.

Sólo difiere de la anterior en la disposición del adorno, que es asimismo un bordado á la cruz sobre lona; solo que ésta lleva tiras en los brazos, y por abajo la puntilla representada de tamaño natural en el grabado 38, y que adorna el tapete de la mesa de jardín.

JOAQUINA BALMASEDA.

LAS PRIMERAS ESCARCHAS.

I.

Cantan las aves escondidas entre el ramaje; tibio es el aire y perfumado, y con su soplo agita blandamente las frondosas ramas de los arbustos.

Arroyos y fuentes corren desatados, bordando de rico aljófar las verdes praderas.

Las gayas flores se cimbrean, se inclinan y se besan, cual si el genio del amor anidara en sus misteriosas colores.

El sol, esplendoroso y magnífico, se eleva por los espacios, dando brillante luz, movimiento y vida al grandioso cuadro de la naturaleza.

¡Oh risueña primavera, si fueses eterna! ¡Quizá en el corazón del hombre no existirían tantos abismos ni se formarían tantas tempestades!

II.

Un hombre y una mujer discurren asidos del brazo por los floridos campos.

El sello del sufrimiento marca la blanca frente de la joven.

Su triste y lánguida mirada se fija en un ramo de siemprevivas que lleva en la mano.

Como á la musa del Norte, una corona de miosótis circuye sus nevadas sienes, y su tendida cabellera, agitada por el aire, acude á enjugar las furtivas lágrimas que se escapan de sus ojos.

Aquel dolor mudo no tiene más testigo que la naturaleza.

Su compañero, su guía, abstraído en pensamientos de mundana gloria, no ve que arrastra lentamente una víctima al sacrificio. ¡Qué le importa el presente, si más allá de esas floridas lomas vislumbra un porvenir de lauros y victorias?

¡Pobre corazón humano! ¡Gozas el bien y lo abandonas para correr tras los brillantes fantasmas que te presenta tu exaltada fantasía, encontrando al despertar sólo el recuerdo de un bien perdido que jamás volverás á hallar en la tierra!

La doliente joven se dobló como el lirio que abaten los helados soplos del crudo cierzo, y mostrando á su compañero las melancólicas ramas de un cercano sauce, dirigió hacia él sus inseguros pasos.

Ese simbólico árbol de la muerte, que cubre tantas tumbas ignoradas, que se ha estremecido con el hálito de tantos suspiros, que ha visto correr tan abundosas lágrimas, y atrae como atrae el dolor al desgraciado, iba á servir de dosel al postrer lecho de la joven.

Cayó lentamente de rodillas, reclinando su cuerpo en la menuda hierba; y animando su semblante con los últimos rayos de una existencia que se extinguía, expresó con inefable gozo el ardiente deseo de dormir el último sueño.

Su pálida mano dejó rodar el ramillete de siemprevivas, y elevándolo á su corazón lo oprimió con fuerza. Señalando después el cielo, fijó una intensa mirada en su atónico compañero, y quedó inmóvil.

Su alma había volado á las regiones etéreas.

La tierra no contenía ya más que sus pobres despojos.

Una tórtola dejó oír su quejumbroso arrullo.

Las aves callaron: parecía que la naturaleza había enmudecido.

Agitadas brisas esparcieron solícitas sobre la exánime joven los matizados pétalos que llevaban en sus ténues alas; y el sol, deslizándose entre las verdes ramas del árbol plañidero, veló con gasas de oro tan delicado cuerpo. Todo había concluido.

El que sólo de amor vive, por el amor será sacrificado.

El egoísmo, ese horrible monstruo que se presenta con tan diversas formas, y se complace en devorar las víctimas dispuestas á inmolarse en aras de la abnegación más sublime, nació con el hombre, y concluirá cuando concluya el mundo, dejando siempre en pos de sí un rastro de sangre y lágrimas.

Ante el cadáver sintió aquel hombre frío que algo desconocido estremecía las fibras de su sér, levantando á sus ojos la vaga sombra del remordimiento.

Contempló un instante aquella estrella eclipsada en el oriente de la vida, y su frente se contrajo.

Quizá en su corazón hirvió una lágrima, é impidió el orgullo que bañara su pupila.

Se alejó lentamente de aquel cuadro de muertas ilusiones, perdido el pensamiento en vagarosos delirios, y acallando la voz de la conciencia con el grito que su ambición dejaba oír en su alma, repitiéndole sin cesar: *¡Adelante! el porvenir es tuyo.*

III.

Trascurrieron días y días.

La naturaleza había cambiado en todas sus fases.

Ya no se ven alegres valles ni esmaltadas laderas.
Todo está marchito y agostado.
Ni el pájaro trina, ni se oye el rumor de frescas corrientes.

Nos hallamos en una gran ciudad.

Una atmósfera calcinada enrarece el aire, y un sol de fuego quiebra sus rayos en las altas torres y en los miradores de múltiples palacios.

Compactas muchedumbres se agitan, van y vienen por calles y plazas, cual si una sola idea impulsara todas aquellas masas de seres vivientes.

¿Qué las mueve? ¿Dónde van? ¿Qué esperan?

Esperan al gran tribuno, al padre del pueblo, al semidios.

¡Vedle! ¡se acerca!

Su paso es mesurado, su mirada altiva, su porte severo: en sus modales afecta una sencillez que cautiva á cuantos le contemplan.

Va rodeado de una corte de aduladores; cualquiera los confundiría con amigos leales que siguen sus pasos para escudarle contra inesperadas agresiones.

Al divisarle, aquel mar de cabezas ardientes se agita y revuelve como las olas que se arremolinan al pié de las salientes rocas; y una salva de aplausos le saluda cuando se prepara á dirigir su voz al pueblo.

¡Oidle! ¡Oidle!

Habla de sacrificios, de patria, de progreso, de libertad, de futuras glorias, de paz para el país, y se eleva á la más sublime elocuencia cuando invoca sagrados principios y la fe de pasadas creencias.

¿Quién no diría, al oírle, que sus palabras brotan de su corazón, se funden en el fuego de su inteligencia y salen de sus labios impulsadas por el más vivo entusiasmo?

Ha desarrollado temas que pocos comprenden, porque no pueden pasar del terreno de la teoría; los vítores, sin embargo, se suceden sin interrupción.

Le llevan en andas, en triunfo, y puede pasar su mirada febril y dominadora sobre aquel piélagos de pasiones que ha esclavizado con su arrebatadora palabra.

Nadie le ha reconocido.

¿Quién diría que ese dechado de virtudes cívicas, que atrae, conmueve y arrastra, que hace sentir y no siente, que hace creer y no cree, que demuestra que existe fuego en su alma y la tiene fría y despojada de pasiones, es el compañero de aquella joven muerta bajo el sauce, á quien dejó extinguir en la primavera de la vida para correr en pos de la fortuna?...
Subió las gradas del Capitolio ayudado por sus secuaces: no tardarán las mismas turbas que le han alfombrado el camino en precipitarle de la roca Tarpeya.

IV.

La campiña es agreste y solitaria. Los árboles desnudos de hojas extienden sus escuetas ramas, donde sólo se balancea algún nido abandonado, próximo á caer para ser pasto de los huracanes.

El Cielo está oscuro.

Las vecinas montañas limitan con sus sombríos picachos el nebuloso horizonte.

El suelo está cubierto de una vegetación pobre y escasa, y es agreste y resbaladizo.

Han caído ya algunos hielos.

Interrumpe el silencio y la soledad de aquella triste comarca el graznido de un cuervo que huye espantado al oír el trote de un caballo que conduce á un jinete mal envuelto en una larga capa.

El aire húmedo y penetrante, que silba al pasar en desiguales ráfagas, ha despojado de su fieltro la frente del caballero y ha hecho caer el embozo de su forrado abrigo.

¡Oh, Providencia, qué inescrutables son tus designios! Las primeras escarchas han blanqueado el cabello del solitario jinete.

Su frente está surcada de prematuras arrugas, y sus labios se contraen con indecible amargura.

¿Dónde corre tan solo el único ídolo de un amor entusiasta, el dispensador de mercedes, aquel cuyos deseos eran órdenes y cuyas órdenes se ejecutaban con la velocidad del rayo?

Va en busca de la tranquilidad del hogar, abrumado de desengaños y saturado el corazón de ingratitudes.

¡Ah! ¡Cómo vuelve su vista á lo pasado, cómo retrocede y se estremece al recordar los bellos días de su juventud perdida!

Encontró la verdadera dicha, y le volvió la espalda para correr tras un mundo de vanas quimeras.

Ya no es tiempo de volver atrás. Lo sabe y se desespera.

Si pudiese llorar ¡ay! su alma se aliviaría, y el nudo que aprieta su garganta quizá dejara de oprimirle. No puede, nó, derramar llanto. Le está vedado ese supremo bien de los atribulados espíritus.

En el mundo que le ha desechado aprendió á sofocar los afectos de su alma. En vano pide á su seco corazón un resto de enternecimiento. Este permanece mudo.

Las luces del crepúsculo vespertino descienden paulatinamente, cuando caballo y caballero llegan á las puertas de una sombría morada, que permanece silenciosa como la tumba.

Descaburga el jinete y dá el primer aldabonazo, que resuena en el interior como un eco prolongado y fatídico.

La puerta se abre de par en par, y criados respetuosos le conducen en seguida á las habitaciones que le tienen preparadas, y le dejan solo con sus pensamientos.

Aquel es su hogar, su propio hogar, en el cual ¡ay! es extranjero.

Ni los amantes brazos de una mujer ni el dulce beso de un niño acuden á recibirle.

Para ser padre de la patria se olvidó de crear una familia.

Nada atrae ni anima aquellos tétricos salones.

Los días de su edad madura van á transcurrir en medio de gentes mercenarias, que acudirán á sus achaques por el vil interés que inspira el que algo posee y no tiene herederos.

¿Qué se ha hecho de aquella falange de amigos que le rodeaba?

¿Qué se han hecho las hermosas mujeres, pródigas en favores, que le cautivaban con floridas cadenas, arrebatándole á girones su fortuna, para correr luego impúdicas á los brazos de sus desdichados amantes?...
Poder, fortuna, honores, gloria... ¡Todo es humo!

El soplo de la desgracia barre hasta el último átomo de polvo del deleznable edificio en que tiene su albergue.

¡Ay del que, insensato, no cuida de su hogar, y deja que el triste invierno se presente sin haber recogido ni un tronco para calentarse y poder contemplar cómo la alegre llama chisporrotea, se extiende y se eleva, dando contento al corazón y paz al alma, cansada de luchar con las contrariedades de la vida!

ISABEL DE VILLAMARTIN.

EL CIPRÉS.

En recinto solitario
ó al pié de elevado cerro,
bajo el ardor del estío
ó en la nieve del invierno,
á través de brumas densas
ó del sol á los reflejos,
miro de tu erguida copa
el continente severo.
De tus hojas siempre verdes,
lágrimas correr yo siento,
cuando prestas sombra oscura
en la mansión de los muertos.
¡Cuántas veces frente á frente
mirarás hondos misterios,
y encerrarás junto á tí
profundísimos secretos.
En el rumor producido
en tus hojas por el viento,
oigo suspiros amargos
y quejidos lastimeros.
De sonidos melancólicos
escuchas triste concierto,
y un río de llanto forma
de tu savia el alimento.
Mas yo, ni tu sombra oscura
ni tu severidad temo;
que la región donde moras
es de la verdad el templo.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

LA CIENCIA DEL SENTIR.

Á UNA JÓVEN.

Me dices si te quiero yo explicar
la ciencia del sentir...
¿quién, aunque la consiga penetrar,
la acierta á definir?

¿Quién puede traducir las ilusiones
en palabra vulgar?
¿quién dar forma á las santas emociones
de dicha y de pesar?

No me pidas razón del sentimiento
que arrastre el alma en pos,
haciéndola subir en un momento
desde la tierra á Dios.

Sólo á tu corazón sencillo y puro
lo debes preguntar,
y en un suspiro á tiempo, de seguro
te podrá contestar.

Cuando en el mar el sol va allá á lo lejos
á ocultar su esplendor,
enviando á la tierra sus reflejos
de pálido fulgor;

Cuando entona la tórtola su canto
de doliente penar,
y la tormenta su imponente encanto
te deja contemplar;

Cuando te dá la brisa el suave aroma
que á las flores robó,
y oyes cantar en la cercana loma
el pájaro que huyó;

Y la luz vela tinte misterioso
de opaca vaguedad,
y la campana en eco majestuoso
cruza la inmensidad...

Si el alma siente sin igual dulzura,
que no acierta á decir,
eso es volver á Dios el alma pura,
¡eso, niña, es sentir!

Evoca el sentimiento la flor bella,
el cierzo bramador,
el arroyuelo manso, de la estrella
el vívido fulgor:

Todo lo evoca: y cuando en un suspiro
vendes una impresión,
y tu pálida frente teñir miro
ruborosa emoción;

Y sin pensar que mucho el ancho mundo
promete y mucho dá,
al cielo miras, con afán profundo
buscando un más allá;

Y te agitan ensueños de ventura
y ensueños de dolor,
pidiendo acaso á la celeste altura
consuelo bienhechor...

¡Eso es, niña, del puro sentimiento
las fuentes descubrir!
¡eso es volver á Dios el pensamiento!
¡eso, niña, es sentir!

No me pidas razón de ese misterio
que agita el corazón,
cuando de una impresión bajo el imperio
sube á la azul mansión.

Sólo á tu corazón sencillo y puro
lo debes preguntar,
y en un suspiro á tiempo, de seguro
te podrá contestar.

LA NINFA DEL TAJO.

CUENTO.

Nó lejos de Toledo, y á la falda de un elevado monte, extendiase fértil y risueño un valle que por los accidentes de sus contornos era, á la vez que encanto de los ojos, una de las más ricas galas de la fecunda naturaleza.

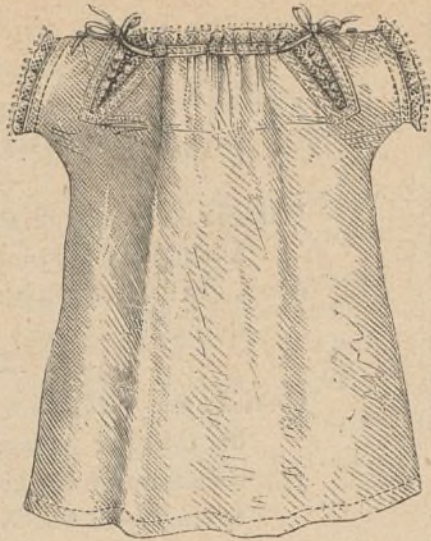
Por en medio de un bosque de encinas y albericoques corria grave y majestuoso el renombrado Tajo, espejo inmenso de una infortunada hermosura que fué bien funesta á España. En el misterioso silencio con que el citado río deslizaba lentamente sus cristalinas aguas habia, como en la mente del sabio naturalista, un mundo de secretos escondido, y un cúmulo de episodios ignorados para la mayor parte del vulgo, que le mira pasar indiferente, agobiado con el peso de su ciencia y la superioridad de su valor. El Tajo arrolló entre sus ondas la primera página de una historia de sangre, que otro célebre río sancionó más tarde.... El Tajo nos recuerda á la hermosa Florinda; y cuando, en la callada noche, el aura de sus riberas susurra mansamente entre los árboles, parecenos escuchar aún los dolientes suspiros de la Cava demandando venganza, y á quien los ecos del Guadalete, á lo lejos responden con el último aliento de la monarquía goda, desastrosamente extinguida; con el postrer gemido de cien ilustres guerreros en las ondas sepultados; guerreros cuyos manes, todavía irritados, parecen



12. Puntilla de crochet para la camisa núm. 10.

agitar aún la superficie clara de su estrecha prision, como queriendo sacudir el yugo de una odiosa humillación, ó protestar enérgicos de un oprobioso dominio....

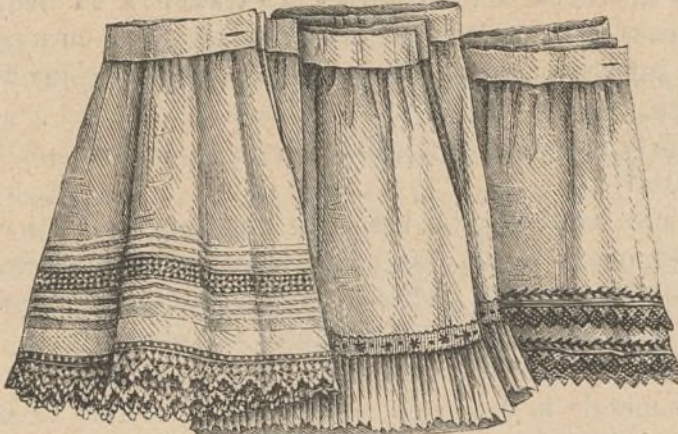
De seguro que en nada de todo esto pensaba, allá por los años 1719, una hermosísima jóven hebrea que, vistiendo un blanco ropaje, hallábase sentada al pie de una gruta abierta en la roca de la montaña, y oculta en lo más intrincado de un bosque, cerca de la orilla del Tajo. Esta jóven se llamaba Lia, pero no se la conocía por el nombre, pues todos ignoraban quién era ni de dónde había venido. En el con-torno, sólo se la daba el poético sobrenombre de *Ninfa del Tajo*, á causa de su espiritual belleza y del blanco traje que vestía. Cuando algun curioso atrevido intentaba seguirla más de cerca al atravesar el bosque ó cruzar el valle ligera como las hadas, desaparecía al instante entre las rocas de la montaña, ó en el fondo de la citada gruta, de harto singular manera. Á uno de sus más tenaces perseguidores debía sobre todo la jóven su poético sobrenombre, pues se lo había puesto un noble y apuesto cazador que por casualidad la descubriera en el bosque, y que, enamorado, la perseguía despues, como á una de las mejores piezas que él hubiera deseado cazar.



10. Camisita para niño, alta y escotada. (Véanse los núms. 11 á 13.)



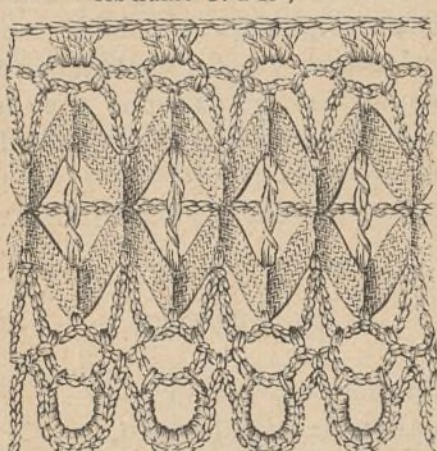
8. Cubierta de sillón bordada en color (Véase el núm. 9.)



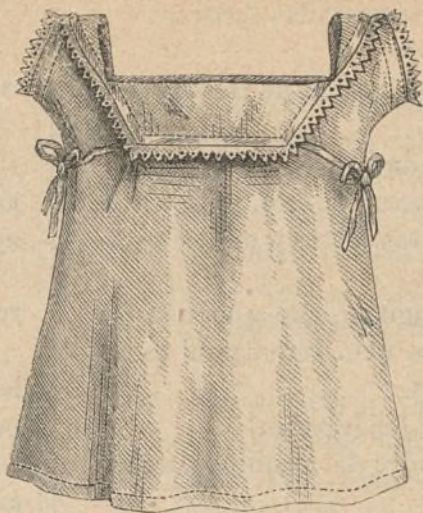
14 á 16. Enaguas para niños (Véanse los núms. 17 á 19.)



17. Entredos de crochet.



19. Puntilla de rencilla y crochet.



11. Camisa para niño, alta y escotada. (Véanse los núms. 10 á 13.)



13. Puntilla de crochet para la camisa núm. 10.

Lia, que parecía esperar aquel beso, entreabrió los ojos sonriendo; pero, al fijarlos en el audaz cazador que ante sí tenía, pareció experimentar una extraordinaria y encontrada emoción. Dilatáronse sus pupilas con asombro, y su rostro palideció visiblemente (no sabemos, empero, si de cólera ó placer...); púsose en pie con rapidez, y retirándose vivamente dijo al mancebo con la altivez de una reina:

—Apartad, caballero; sois en demasía atrevido, y por extremo osado... ¿Cómo habeis llegado tan en silencio hasta aquí?

—¿Cómo?... No lo sé, hermosísima ninfa de este valle; tal vez arrastrado por la magia irresistible de tu soberana atracción; tal vez conducido en la sombra por la delicada mano de ese travieso niño que denominan *Amor*, y que con nudos de flores las almas juveniles encadena de los que, por su gracia subyugados, desvaneci-dos le siguen.

—Razones frívolas son esas para que disculpa sean de vuestro temerario arrojo; ¿qué habeis visto en mí que pudiera autorizarlo?

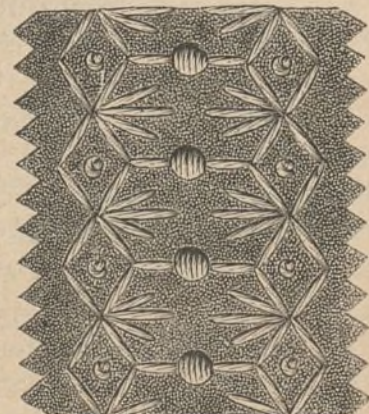
—He visto, respondió impetuosamente el jóven, una belleza encantadora que mis sentidos trastorna con el espectáculo de su seductor abandono. Dormida os ví, y me parecisteis un ángel... creía ver abrirse ante mis ojos las puertas del Cielo, y, cual Ícaro desatentado, me lancé desvanecido tras del fuego divino que encendía mi alma. ¡Estábais tan linda! tan linda, que...

—Me creía sola, caballero, contestó con dignidad la jóven, y cedí sin querer á las dulzuras del sueño, ajena á la idea de que un hombre pudiera á traición espiarme.

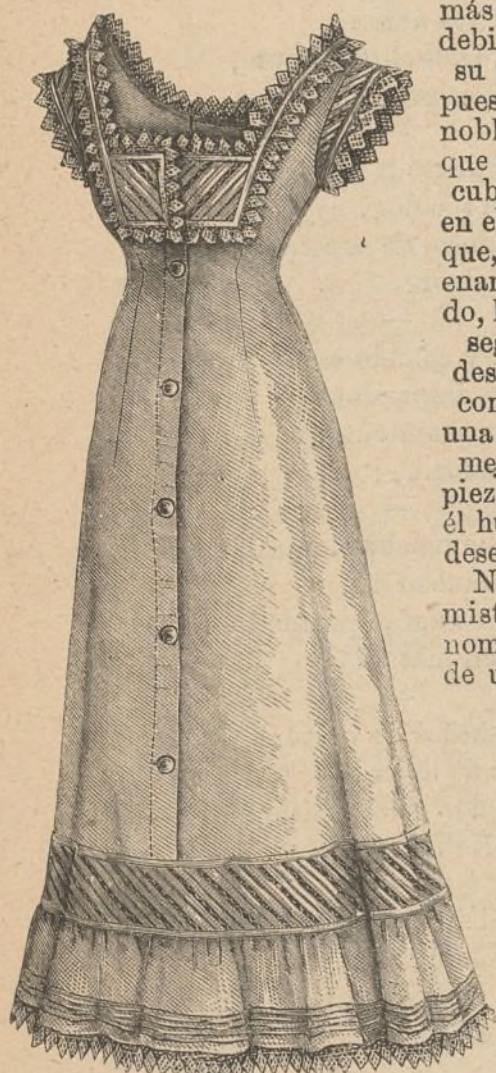
—¡Perdon, hermosa niña! sé que no he obrado bien. pero... ¡tú no me comprendes!... calma tu enojo y perdóname, pues reconozco mi falta y la confieso.

Y el apuesto jóven decía esto con tan seductora gracia, y se arrodilló con tan galante ademan á los pies de Lia, fijando en ella su suplicante y expresiva mirada, que la pobre niña se estremeció sin mirarle. Estaba confusa, cortada, no sabía qué decir; pero era indudable que un oculto placer la embriagaba. Al verlos así, tan bellos, tan jóvenes, en tan bello lugar, iluminados por los últimos rayos del poniente sol, que arrancaba oblicuos reflejos á las aguas del río; vestida ella de blanco, y de cazador él, cualquiera hubiera creído ver realizarse ante sí la poética ficción de la Diana misteriosa y el Endimion afortunado; pero con los papeles cambiados, es decir, pareciendo haber sido des-pertado el mancebo por el beso divino y detener suplicante á la enamorada Diosa, que parecía dispuesta á proseguir su nunca acabado viaje.

—¡Oh! callais aún, repetía el jóven; profundo y cruel es vuestro resentimiento, y bien severamente castigais mi falta haciendo padecer á mi alma; culpas á



24. Tira bordada para la caja núm. 2.



20. Vestido interior forma princesa. (Véase el núm. 21.)

guidamente sobre su falda entre las flores; sacudió los rizos de sus largos cabellos enlazados con hiedra y violetas, que la hacían semejar á una antigua druidesa de los galos, ó á las encantadoras náyades de los griegos.

Lia miró en torno de sí, y lanzó un profundo suspiro, apoyando la cabeza en el musgo de una roca, y fijando en el cielo sin nubes y en el verde dosel que sobre ella formaba el verde y trabado ramaje de los árboles la angelica mirada de sus oscuros ojos árabes. Á poco una lágrima resbaló indiscreta por su tersa mejilla. Lia no se cuidó de enjugarla, y quedó brillando sobre el nácar de su tez, como gota de rocío sobre el cáliz de la rosa, como espléndido diamante sobre la frente de un rey.

Los ojos de la bella se cerraron, y pareció dormir... Entonces las ramas de un arbusto próximo se separaron violentas, y la arrogante cabeza de un hermoso jóven apareció entre ellas.

Aquel hombre atrevido sonrió de gozo al encontrarse allí, y suspiró satisfecho al mirarse ya cerca de tan mágica belleza. En extático arrobamiento la contempló largo rato, y luego, no pudiendo dominarse, adelantó cauteloso entre las ramas, hasta ponerse al lado de la descuidada jóven, y enjugó con labio atrevido la cristalina lágrima que en su mejilla había.



22. Entredos de cinta para ropa blanca.



23. Entredos de cinta para delanteros.

rochet para
m. 10.

cia esperar
reabrió los
; pero, al
az cazador
ia, pareció
na extraor-
trada emo-
se sus pupi-
, y su ros-
siblemente
pero, si de
...); púsose
ez, y reti-
rez de una
, y por ex-
encio hasta

e valle; tal
rana atrac-
cada mano
con nudos
por su gra-



n tan se-
con tan
de Lia,
nte y ex-
la pobre
n mirar-
a, corta-
ué decir;
dable que
placer la
aba. Al
asi, tan
, tan jó-
tan be-
ilumina-
últimos
ente sol,
tornos re-
del río;
co, y de
hubiera
la poé-



la caja



Pl. 320.

171

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

vos misma
dorosa co
se duerme
como las
puesta á l
céfiro, ó á
ricias de u
sador é in
yo. La ros
pedir que e
en su esple
las mirada
sol, ó ese a
airada; m
—Está l
da; pero...
no volvais
peligro ter
—¡Peligro
puesto qu
si me pern



20. Pal

piedra s
de la gru
repentin
cutida e
ralmente
co traje
como ev
brio de l
y traía e
extraña
un peña
fijó en t
ella rece
rada; e
luégo o
ásperas
blonda
la jóven
mió en
un pro
beso, y
con ter
—¿Q
aquí t
mi quer
¿no ac
que ya
noche,
tu ause
inquiete
— I
padre n
so Lia
to con
que un
traño
de mí
de la t
giendo
trascu
—Y
noche
min á
tus m
rosa y
llan s
récem
jacaso
oculta
pesar
—N
os lo
testó
yendo
mane
del a
frio,
che c
pero
vamo
—I
oir e
por
rios
¿ver
parec

vos misma ó á vuestra candorosa confianza. Quien se duerme en los bosques como las ninfas, está expuesta á los halagos del céfiro, ó á las pesadas caricias de un sol más abrasador é impertinente que yo. La rosa no puede impedir que el atrevido y volador insecto venga á posarse audaz en su espléndida corola, cuando, tentadora, la muestra á todas las miradas; figuraos, pues, que yo soy ese importuno rayo de sol, ó ese atrevido insecto; evitadme impaciente, ó separadme airada; mas no me agobieis bajo el peso de una cólera durable.

—Está bien, caballero, os perdono, contestó Lia sobresaltada; pero... marchaos; marchaos inmediatamente y para siempre; no volvais más á pisar estos lugares, que esconden para vos un peligro terrible...

—¡Peligros! Y ¿qué me importan ahora? Yo los desprecio, niña, puesto que estoy cerca de vos... Sean los que fueren, los desafío si me permitís permanecer algunos instantes más á vuestro lado.

—¡Ah! nó, nó, caballero, repuso vivamente la jóven, alarmada por no sé qué extraño rumor que á su espalda resonó. Yo no debo... no puedo permitirlo... voy también á retirarme; mas ántes es preciso que... pero... ¡en nombre del Cielo! ¡idos, idos en seguida, caballero! añadió Lia con acento de angustia. Quiso el cazador protestar; pero tal expresión de espanto advirtió en el rostro de la jóven, que sin replicar más depositó un beso en su helada mano, y desapareció ligero tras los setos de la orilla.

Lia le miró partir, anhelosa y angustiada, y al perderle de vista dejóse caer sobre una piedra suspirando. Casi en seguida, el fondo de la gruta pareció iluminarse con los reflejos repentinos de una viva luz que irradió repentinamente la adornaban, y un hombre en morisco traje y de madura edad apareció en la gruta, como evocado y conducido por el genio sombrío de las propias tinieblas. Ya era de noche y traía en la mano una rica lámpara de forma extraña, que depositó en la punta saliente de un peñasco, y acercándose á Lia lentamente, fijó en torno y en ella recelosa mirada; cogiendo luego entre sus ásperas manos la blonda cabeza de la jóven, imprimió en su frente un prolongado beso, y la dijo con ternura:

—¿Qué haces aquí tan tarde, mi querida Lia?... ¿no advertías que ya es de noche, y que tu ausencia me inquietaba?

—Perdonad, padre mio, repuso Lia algún tanto confusa. Es que un sueño extraño se apoderó de mí á la caída de la tarde, y olvidé, sumergiéndome en él, que las horas trascurrían.

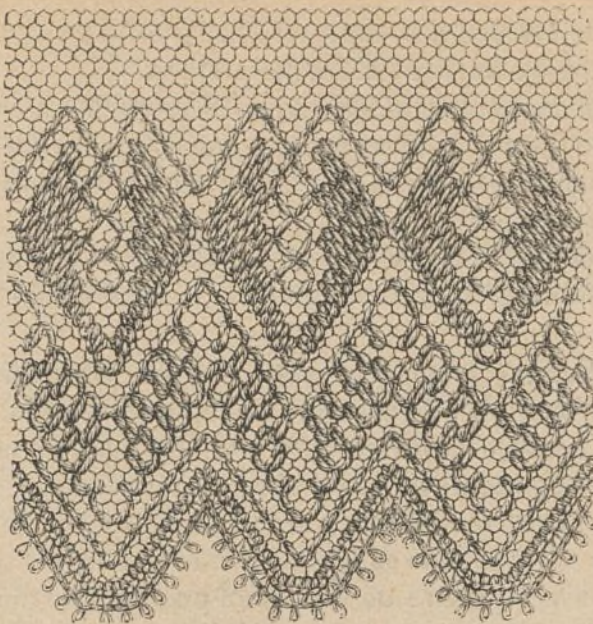
—Y ¿es acaso el aura de la noche la que ha robado el carmin á tus labios y el color á tus mejillas?... Estás temblorosa y pálida; tus ojos no brillan serenos, y tu sonrisa pareceme violenta... ¿qué tienes? ¿acaso estás enferma? ¿ó me ocultas acaso algún extraño pesar que yo no puedo prever?

—Nada de eso tengo, nada, os lo aseguro, padre mio, contestó la jóven con viveza, creyendo con sus sonrisas y ademanes burlar la perspicacia del anciano. Es que... siento frío, y las sombras de la noche comenzaban á aterrarme; pero ya estais vos aquí... vamos.

—Espera; me ha parecido oír el eco de una voz extraña por estos contornos solitarios... Es una alucinación, ¿verdad?... habíame también parecido oír elevarse tu acento



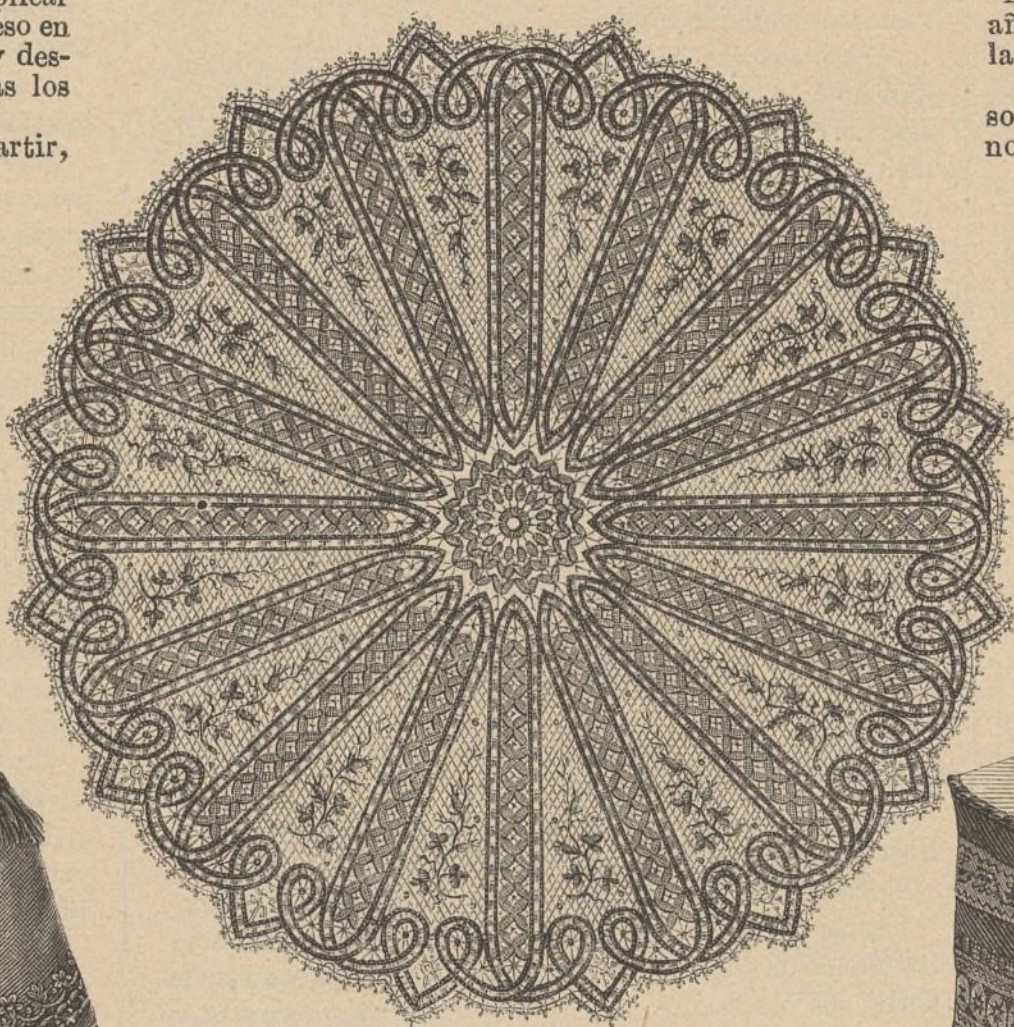
25. Entredos bordado en tul.



27. Puntilla bordada en tul.



28. Cuello vuelto bordado á feston y encaje inglés.



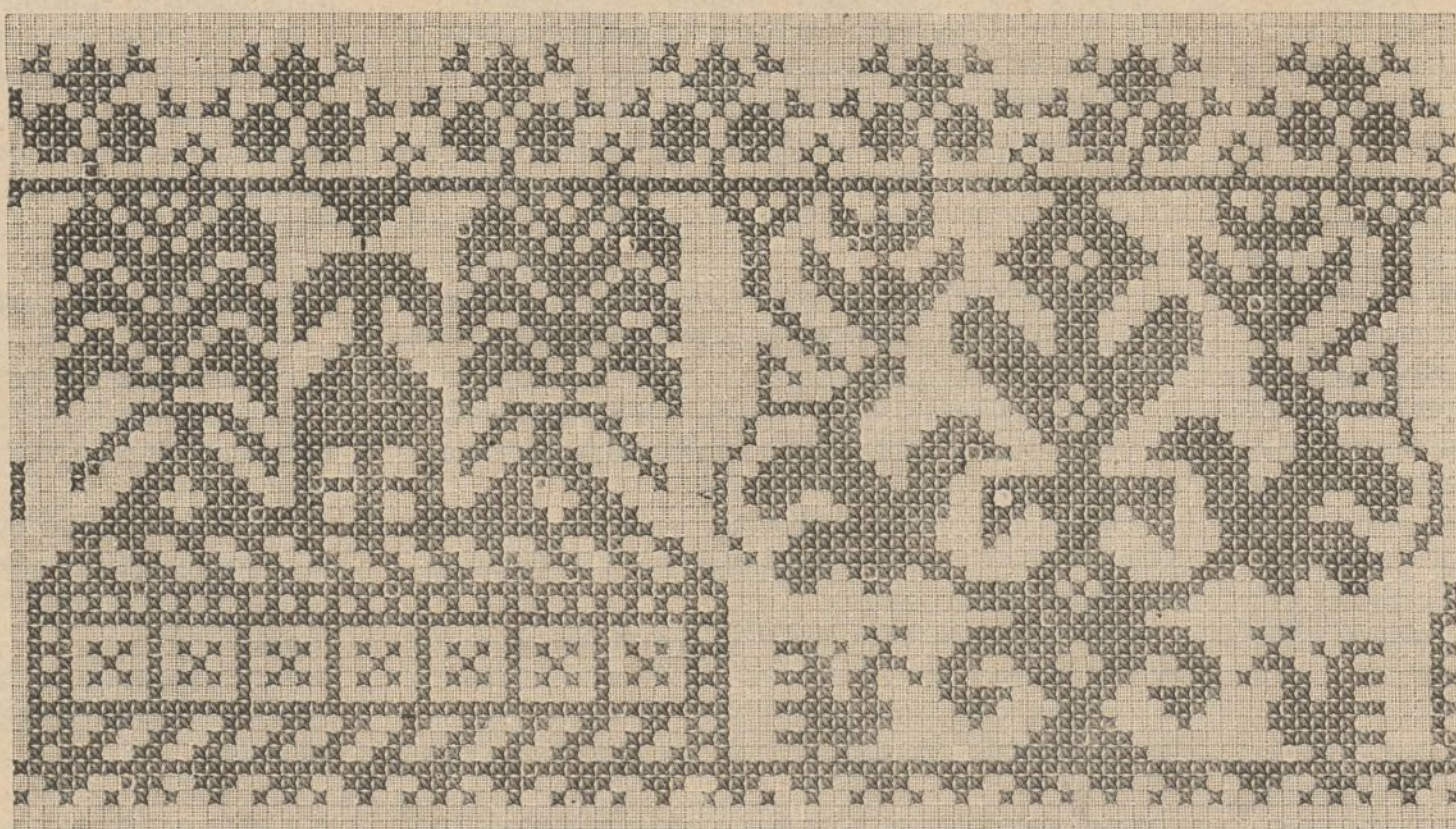
31. Cubierta para sombrilla bordada en tul.



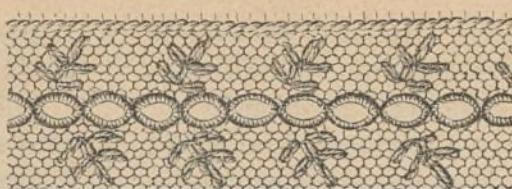
32. Fichú anudado por delante. (Véase el núm. 45.)



34. Caja para sellos. Pintura en madera.



35. Cenefas para toallas, bordado sin revés ni derecho.



26. Entredos bordado en tul.

Retirémonos, tengo frío...

Ibrahim (que así se llamaba el hombre á quien Lia llamaba padre), había cogido la lámpara con su diestra, dispuesto á seguir á la jóven; pero se detuvo de pronto, fijando en el suelo su mirada torva, y con ronco acento exclamó:

—¡Oh! ¡Por Jehová, Lia! ¿qué es lo que acabo de ver?... ¡Rayos y centellas! ¿qué es esto?

Y señaló á su aterrada hija una planta tronchada por su base y la huella de un hombre perfectamente impresa en el húmedo suelo, como asimismo, á pocos pasos, una linda escopeta de caza tirada por tierra cerca de un árbol.

—¡Ah! exclamó Ibrahim rugiendo como un león, y despidiendo chispas por los ojos; ¡mis presentimientos no mentían! Si; ¡aquí ha estado un hombre! ¿quién es ese hombre, Lia? ¡Pronto! ¿quién es ese hombre? Él es el que hablaba hace poco y á quien tú respondías.

—¡Padre mio! yo no sé... yo no he visto... ¡Ah, por el Cielo! ¡calmaos, no me asustéis de tal modo con vuestra cólera! exclamó la jóven temblorosa.

—Confiesa al menos, confiesa. No añadas la mentira á la culpa...

—Pues bien, repuso la jóven con digno acento. Un cazador extraviado ha pasado por aquí, pero nada le he dicho que menoscabe mi honra.

—Eres judía, y él será cristiano... Sabes que ningún lazo debe unirnos á esa raza maldicida. Si vuelve, atraído por tu peregrina belleza, le mataré sin compasión, exclamó Ibrahim.

Empujó con rudeza á su hija hacía el fondo de la gruta, y oprimiendo un resorte de hierro, oculto entre las quebraduras de la roca, desapareció con ella por un abovedado y estrecho pasadizo.



30. Túnica para vestido. (Véase el núm. 7 del CORREO anterior).



33. Rinconera con cenefas bordadas.

en un desconocido peligro, que la secreta ira de Ibrahim parecía tener guardado para el primer atrevido que á aquellos lugares y á su hija con osada y temeraria planta se acercase. En vano el ilustre jóven (pues pertenecía á una de las casas de la primera nobleza de Toledo) había intentado varias veces y en

diversas ocasiones ingeniosas maneras de volver á encontrarse con la hermosísima judía, de quien estaba locamente enamorado, é inútilmente día y noche rondaba el valle y el bosque donde había alcanzado descubrir algunas veces la graciosa aparición de la doncella. Las aguas del río ya no retrataban su imagen, ni las flores del valle eran por su mano arrancadas del tallo que las dió vida. Lia no volvió á aparecer por ningún lado, y el caballero se desesperaba y había perdido la paz del corazón, y la alegría natural de la hermosa juventud. Muchas veces había llegado maquinalmente cerca de la gruta, y allí, dejándose caer sobre el duro peñasco donde había estado sentada su bella ninfa, suspiraba profundamente, é imprimiendo sus labios en el césped de la roca, con pasión exclamaba:

¡Ah, divina, encantadora visión de mis ojos, luz de una existencia escondida en las tinieblas del misterio que te circunda! ¿Dónde estás que no puede mi ar-

EL RELATO.

Pasado había casi un mes después del anterior suceso, y el apuesto cazador y noble caballero D. Gutierre Mendoza no había en todo ese tiempo podido olvidar un instante á la preciosa *Ninfa del Tajo*. Expuesto había estado por ella á caer

diente pensamiento adivinarlo!... ¿dónde, ingrata, te ocultas que mi anhelar no te encuentra?... ¡Si acaso has muerto, ángel hermoso de mi esperanza, revélame por intuición privilegiada, y verás cómo tu amante no vacila un segundo en ir á buscarte á los antros más profundos del abismo! ¿Dónde, dónde puede hallarse oculta la preciosa *Ninfa del Tajo*?

Una tarde que así se lamentaba, una voz dulce como el canto de la sirena, saliendo al parecer del centro de las aguas, cantó con suave melodía la siguiente estrofa de intencionado efecto, que dejó suspenso y confuso al enamorado galán:

CANCION.

No te fies, cazador,
de tu venablo ligero,
que el jabalí más artero
te acecha en la oscuridad,
y tú, sin ver su guarida
ni el peligro á que te expones,
imprudente te propones
burlar su ferocidad...
¡Huye, por Dios, cazador!
huye de aquestos lugares,
donde terribles azares
te pueden acontecer.
¡Huye! que amor te lo ruega,
y á su impulso enardecido,
el pensamiento escondido
de algún misterioso sér.

Cuando el dulce eco de aquella voz misteriosa fué extinguiéndose á lo lejos en las brumas de la tarde, D. Gutierrez, anheloso, inquirió con ávida mirada el contorno enmarañado de aquel frondoso sitio, el lecho tranquilo y trasparente de aquellas serenas aguas y el cóncavo interior de la misteriosa gruta. ¡Inútil afán! Nada de singular encontró que pudiese darle luz sobre aquella nueva aventura. Nó por eso cejó un punto el caballero en su propósito, y á pesar del incomprensible aviso de la incógnita cantora, todos los días acudió y en diferentes horas al encantado paraje donde una nueva Arminda le atraía. Una calurosa tarde de estío, que estaba ya muy próxima á concluir, pues mil rutilantes estrellas comenzaban á tachonar visiblemente el bello azul de los cielos, y el disco de la luna fulgurante se marcaba en el horizonte, D. Gutierrez, pensativo y apoyado en el tronco de un árbol, cerca del río, oía sin escuchar, y como en un sueño adormecido, el manso murmullo de las aguas, el canto alegre de la rana, el insípido y tenaz del escondido grillo. Las auras de la noche refrescaban bienhechoramente sus abrasadas sienes, y predisponían al reposo que la naturaleza entera comenzaba á disfrutar. Así es que el manco dejábase dominar por un dulce sopor que sus sentidos embargaba, y no parecía dispuesto á dejar por entonces aquel peligroso sitio; al contrario, recostóse sobre el musgo, y apoyando su espalda en el tronco del árbol cerró los ojos, entregándose á un reposo que la naturaleza toda parecía arrullar.

(Se continuará).

CONSTANZA VERA.

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

CAPÍTULO XVII.

La cámara nupcial estaba adornada al gusto persa.

Los divanes, forrados de costosas telas de Theran; los muros cubiertos de arabescos y pabellones de seda bordados de perlas; lámparas de formas extrañas y de vivísimos colores pendían del techo alicatado; esbeltas columnas adornadas con guirnalda de flores y graciosos arcos le sostenían, formando una bóveda afiligranada, y en el centro de la estancia, una torre, á manera de pagoda, puesta sobre los lomos de cuatro pequeños elefantes, derramaba copiosa y cristalina lluvia en una redonda y blanca taza de mármol; en pebeteros de oro ardían los perfumes más delicados de la Arabia, y subían en vaporosas nubes á aumentar el voluptuoso misterio de aquella encantadora estancia.

Allí se habían refugiado los regios esposos, al principiar el baile.

A la sazón estaban ambos asomados á una ventana que daba á los jardines, recogiendo con inquietud los lejanos ecos que el aire atraía hasta sus oídos.

—No temas, decía Dimitri con dulcísimo acento; todo está tranquilo; cálmate, bien de mi alma, vuelve en tí; reposa sobre el corazón que te idolatra. Los vagos rumores que creías haber oído, son los acordes de la música.

A pesar de los fatídicos augurios, ha pasado ya este día sin que se haya turbado el público reposo...

—Aquel hombre, Dimitri, aquel hombre que se ocultaba entre los paños del túmulo, y que fijó en mí sus miradas... ¡Ah! sólo existía en el mundo un hombre que mirase de ese modo!

—Tu acalorada fantasía crea fantasmas por do quiera.

Ese hombre está preso, y mañana le conducirán á tu presencia.

¡Ah, Marina! temo que estés pesadosa de haberme concedido tu mano, de haberme confiado tu destino.

—¡Oh! nó, dijo la jóven con viveza. He obrado como debía, y estoy segura de que él aprueba mi conducta desde el cielo. Estoy satisfecha y orgullosa de ocupar un lugar en ese corazón, que en su generosidad abarca el universo; de ser la madre de este gran pueblo, que ambos procuraremos conducir por la senda del progreso. Soy tu esposa, Dimitri; Dios ha bendecido nuestro enlace, y yo te he entregado sin reserva el corazón, como debe hacerlo una esposa cristiana.

Apoyó la ruborosa frente sobre el pecho del jóven enamorado, y fijó en él una casta y dulcísima mirada.

Hubo un instante de silencio, durante el cual ambos esposos saborearon las alegrías del paraíso.

—¡Ah! dijo por fin Dimitri; ¿quién puede haber más venturoso que yo, que todo lo alcanzo á un tiempo: amor, poder y gloria?... Me siento tan dichoso, que quisiera derramar sobre mi pueblo, sobre el universo entero, la suma de felicidad que en este instante se desborda de mi pecho. Amamos, y somos amados, Marina; somos felices, y tenemos el poder de ser felices; ¿qué mayor bien pudiéramos ambicionar sobre la tierra?

—¡Ah! suspiró tristemente Marina; ¡ah, que la felicidad no es de este mundo; que no puede ser duradera en este mundo!... Perdona, vagos presentimientos me oprimen el corazón: no sé lo que temo, y temo...

—Alienta, amada mía. Porque unos cuantos ambiciosos, malavenidos con la paz, hayan fraguado una conspiración, no hemos perdido el amor del pueblo.

—¡Calla! interrumpió Marina; ¿no oyes esos gritos lejanos?

Aquel extraño rumor que antes se oía, semejante al que producen las hojas de un bosque agitadas por el viento, había sucedido, en efecto, una confusa gritería.

—En días de alborozo, dijo Dimitri, procurando dominar su propia inquietud, siempre hay adoradores de Baco que vagan por las calles á deshora...

—Pero ¿por qué tocan á vuelo las campanas? replicó Marina, más y más asustada. Yo creo, ¡Dios me perdone! creo que suenan tiros.

¡Dimitri, Dimitri! añadió, refugian los brazos de su esposo; ¡tengo miedo!

La puerta del fondo se abrió con estrépito, y Pedro Basmanoff se precipitó en la estancia gritando:

—¡Estáis perdido, señor! ¡Moscou pide vuestra cabeza!

Detras de Basmanoff habían penetrado en la estancia las damas de palacio, vestidas de blanco y coronadas de flores; los cortesanos, ostentando sus trajes recamados de oro.

La noticia de la rebelión los había sorprendido en medio de los placeres del baile.

Agrupáronse todos en confuso desorden alrededor de Dimitri y de Marina.

—El pueblo ruge en el vestíbulo, prosiguió Basmanoff; pero he colocado algunos alemanes, algunos soldados fieles, en la escalinata y en estas antecámaras.

¡Aun podemos defendernos!

Apénas acababa de pronunciar estas palabras, cuando un gentilhomme apareció en el umbral del aposento, intimando al czar, en nombre del pueblo, que fuese á darse cuenta de su conducta.

—Marchaos, exclamó Dimitri con altivez, y decidle que yo soy el que va á pedirle estrecha cuenta de la suya.

Se alejó, ó más bien huyó el gentilhomme, intimidado por la firmeza de su acento, y Dimitri se dispuso á seguirle.

—¡Oh, nó! exclamó Marina abrazándose á él; no vayas, no te entregues solo é indefenso á la saña de esas turbas desenfrenadas.

—Quiero ensayar la persuasión, antes de recurrir á las armas, dijo Dimitri; quiero acordarme de que soy padre, antes de pensar en que soy rey.

Rechazó dulcemente á Marina, salió del aposento, atravesó las antecámaras, en donde los soldados permanecían mudos y sombríos.

Abajo hormigueaba la multitud, armada de picas, de lanzas, de mosquetes y arcabuces. En lo alto de una pica llevaban un monigote, vestido como el czar, y alumbrado por cuatro hachas de viento, que difundían en torno un resplandor siniestro.

Aquella multitud gritaba, blasfemaba, rugía impaciente por lanzarse sobre su presa y destrozarla.

—¡Pueblo mío! gritó Dimitri, traspasado de dolor ante aquel horrible espectáculo.

Respondióle una descarga de fusilería.

—¡Ah! exclamó exasperado; no tendréis que habérosela con un Godunof, y os venderé cara mi vida...

Interrumpióle otra descarga, aún más nutrida que la primera.

—¡Tregua, tregua! gritó una voz desde abajo. ¡El czar puede oír vuestras proposiciones y aceptarlas!... ¡Dejadme que le hable!

Era Alejo, que se abría paso por entre la muchedumbre, pálido, ensangrentado, con la espada rota, con el traje hecho girones.

Subió rápidamente la escalera, cogió á Dimitri de la mano y le arrastró consigo hasta la estancia en donde se hallaba Marina.

Al verlos entrar de aquel modo, damas y caballeros desaparecieron uno á uno, dejándolos abandonados.

—Es preciso pactar, dijo Alejo, es preciso ganar tiempo...

—Nada de concesiones contra el honor, nada contra la dignidad, interrumpió Dimitri con ímpetu.

—Basmanoff comprende las leyes del honor, dijo Marina, y es muy querido del pueblo. ¡Id, general, y que os inspire el cielo!

Apresuróse Basmanoff á cumplir el mandato de su soberana; pero apénas había llegado á la escalinata, cuando un tal Tatichetf, á quien había librado del destierro, le apuntó al corazón, dejándole sin vida.

Esta vil hazaña decidió de la suerte de Dimitri.

Los que guardaban la escalera huyeron, arrojando las armas; los de abajo subieron en tropel, é invadieron las antecámaras reales.

Alejo, que había seguido á Basmanoff y presenciado la catástrofe, no perdió su presencia de ánimo.

Mandó entrar en la estancia régia á los guardias que permanecían fieles, atrancó la puerta, arrancó las colgaduras é hizo una cuerda, diciendo:

—Podeis huir por la ventana: nosotros guardaremos la puerta.

—¡Jamás! exclamó Dimitri; ¡los reyes deben saber morir, cuando no han sabido gobernar!

Los sitiadores estaban ya al otro lado de la puerta, que intentaban derribar con sus picas.

Oyóse una voz que decía:

—*En nombre del Eterno, marchad contra el hereje!*

—¡Chiuski, Chiuski! gritó Dimitri, retorciéndose los brazos con desesperación; ¿quién le ha dado libertad? ¡todos traidores!

Los de fuera redoblaban sus golpes, y consiguieron abrir un boquete.

Un soldado, más atrevido que los demas, asomó por el la cabeza.

Un alemán se la cortó de un sablazo, y la cabeza fué rodando hasta los pies de Marina, tiñendo de sangre su blanca vestidura.

La infeliz lanzó un grito, y cayó desplomada sobre el pavimento.

La cuerda estaba hecha y sujeta á los barrotes de la ventana.

—¡En nombre del cielo, Alejo! exclamó Dimitri; señalando á la desmayada jóven; ¡sálvala á ella primero; yo te seguiré!

No había tiempo que perder.

Alejo cogió entre sus brazos á Marina y desapareció con su preciosa carga.

Casi al instante, la puerta cayó hecha pedazos, y las innobles turbas se precipitaron en el aposento.

Dimitri miró en torno de sí, y vió que, como le habían abandonado en el primer momento los cortesanos, acababan de abandonarle los soldados.

Estaba solo contra todos.

Cogió una alabarda y se aprestó á la defensa.

Un diluvio de balas penetró en la estancia; pero cuando se hubo disipado la densa nube de humo, la multitud divisó á Dimitri en pie, inmóvil, con la alabarda cruzada sobre el pecho.

¡Estaba hermoso, en su actitud tranquila y arrogante!

—¡Muera el impostor! gritó Chiuski.

—¡Muera! repitieron sus secuaces.

—¡Atras, atras! gritó á su vez Dimitri, tendiendo su alabarda; ¡respetad al hijo de Ivan IV, al ungido del Señor!...

Detuviéronse los sediciosos, subyugados por la energía de su palabra, por la altivez de su mirada...

Pero Chiuski avanzó hácia él, enarbolando el Crucifijo, y repitiendo:

—*En nombre del Eterno, exterminese al hereje!*

Imposible sería describir la escena que sucedió á estas palabras.

Las fanáticas turbas quisieron circundar á Dimitri; pero la formidable alabarda cubrió el suelo de miembros palpitantes.

La lucha fué larga, terrible, espantosa. El czar sólo cedía el terreno línea por línea, y cada línea conquistada costaba á los sublevados rios de sangre. Las balas pasaban rozando su frente, é iban á exterminar á sus mismos enemigos.

Diríase que una egida divina protegía su existencia. Era, sin duda, un aviso de la misericordia celeste; pero el pueblo, ciego, no lo tuvo en cuenta.

Hubo, no obstante, un momento de vacilación, de supersticioso terror; pero Chiuski lo conjuró diciendo:

—¡Muera el fraile vendido al pontífice de Roma!

Sonó una nueva descarga.

Dimitri había llegado ya al último extremo del apogeo.

La ventana estaba abierta aún; pero una mano traidora había retirado la cuerda.

Entonces tomó una resolución desesperada; midió con los ojos el precipicio, y se arrojó á él, pronunciando el nombre de Marina.

¡Hasta la muerte es sin piedad para los desventurados! Levantáronle algunos strelitz bañado en sangre, pero con vida.

Acudió el pueblo, que se entretenía en saquear el palacio, y entre insultos y maldiciones le arrastró hasta las ruinas del palacio Godunoff.

¡Ay, triste!

¡Quiso ser redentor del pueblo ruso, y como al Redentor Divino le escupieron en el rostro y le coronaron de espinas!

Irguió el infeliz su ensangrentada cabeza, y apostrofó á los que le rodeaban con tanto dolor, con tanta elocuencia, que muchos se sintieron conmovidos.

Acudieron algunos soldados, y, haciendo círculo á su alrededor, impidieron que aquellos salvajes completasen su obra.

Animóse con esto el desventurado; elevó de nuevo su voz, y logró desarmar hasta á sus mismos enemigos. Su juventud, su belleza, su infortunio, interesaron por un momento todos los corazones.

Hubo una reacción favorable en la pública opinión, y las miradas de odio se tornaron compasivas. Un esfuerzo más, y estaba salvado.

Pero una mujer salió de entre la muchedumbre y dijo: —Que Marfa decida la cuestión. Pongamos la suerte de ese hombre y la de Rusia entre sus manos.

Dimitri reconoció á aquella mujer; era su ángel malo, era Alejandra.

La proposición fué aceptada, y, ¡oh irrisión! Chiuski, su enemigo y competidor, partió á llevar el mensaje.

—Entre tanto, dijo uno de los strelitz que custodiaban al czar, vamos á introducirle en ese salón, en donde le daremos algunas gotas de kivas, porque está próximo á desmayarse.

Hicieronlo así; pero aún no habían penetrado en el derruido edificio, cuando el strelitz que había hablado, dijo rápidamente á sus compañeros:

—Tenemos en nuestras manos la suerte de Rusia y nuestra propia fortuna.

Dimitri arrojó un grito de delirante alegría.

Aquel hombre, vestido de strelitz, era Alejo.

Éste prosiguió:

—Los cosacos que marcharon ayer, avisados por mí esta mañana, vuelven presurosos; vuelven presurosos los hermanos de Marina, que han reunido todas las fuerzas de los alrededores. Dejad que Dimitri parta, y obtendréis una espléndida recompensa.

Los soldados se adhirieron á su intento.

—Pronto, repuso Alejo, dirigiéndose á Dimitri; vestid mi uniforme; yo me pondré vuestro traje.

—Y ¡quieres que te abandone en tal peligro?

—Ésta no es cuestión de vida y muerte: es cuestión de ganar tiempo.

Marina os espera al otro lado del río.

Han confiado vuestra suerte á la emperatriz, y una madre no puede condenaros.

Dimitri se dejó persuadir. Trocó sus vestidos con los de su amigo, y salió de la estancia.

La muchedumbre vió su uniforme y le dejó pasar.

¡Elevóse un grito de júbilo; Chiuski volvía con la respuesta escrita de la emperatriz.

Subióse á un trozo de columna, y leyó en alta voz:

—Yo, Marfa, esposa de Ivan IV, declaro: que he mentido al pueblo y á mi conciencia; que mi hijo Dimitri ha muerto entre mis brazos, y que, el que se titula czar, no es otro que Otropief, el innoble fraile.

—¡Cómo! exclamó Dimitri deteniéndose, ¡también mi madre me abandona!

El pueblo no le oyó.

Como bandadas de fieras se lanzaron rugiendo á las ruinas, y sacaron arrastrando al que creían Dimitri.

Dimitri aún podía huir, y no quiso hacerlo á costa de la vida de su amigo.

—¡Pueblo ruso! gritó con voz de trueno; ¡aquí! ¡aquí! ¡Yo soy el czar! ¡Yo soy el que quería redimiros, y merece en cambio la palma del martirio! ¡Hé aquí mi pecho desnudo, herido! ¡destrozad el corazón que rebotaba de amor hacia vosotros!

La multitud había llegado á aquel grado de frenesí que convierte al hombre en fiera.

Soltó á Alejo, y se abalanzó al monarca.

—¡Nadie! murmuró éste con amargura, ¡nadie se apiada de mí!

En aquel momento oyó un lastimero quejido; volvió los ojos, y vió á pocos pasos de sí á un hombre de rodillas, cuyos crispados brazos estaban tendidos hacia él.

Las miradas de ambos se encontraron, y las de Dimitri expresaron un inefable consuelo.

—¡Adelante, adelante! gritó á este tiempo Alejandra, que en el más leve retardo veía un peligro para su ambición; sólo los muertos no recobran el poder.

Un hombre del pueblo cargó su arcabuz y apuntó al monarca.

Pero Alejo había corrido á abrazarse á él para servirle de escudo con su propio cuerpo.

—¡Mi hijo! ¡deteneos! gritó Alejandra reconociéndole desfavorada.

¡Era tarde!

El tiro había partido; la bala había traspasado juntamente á los dos fieles amigos, y su sangre mezclada enrojecía las ruinas.

Alejandra cayó desplomada al suelo.

El cruento holocausto de aquellas dos inocentes víctimas no aplacó las iras populares.

Las turbas se diseminaron por la ciudad, blasfemando y jurando exterminar á todos los extranjeros.

¡Espantosa fué aquella noche!

Mnichek y los embajadores de Segismundo tuvieron tiempo para armarse y defenderse; los demás, cogidos de improviso, fueron inhumanamente degollados. Los diez gallardos hermanos de Marina, al querer penetrar en la ciudad con algunos de sus secuaces, perecieron todos.

Siguió el incendio al saqueo y á la matanza.

El pueblo necesitaba luces para su horrible fiesta.

Los ayes de los moribundos se mezclaban con el ruido de las descargas y el estrépito de las casas al desplomarse; el palacio real ardía; ardían los palacios de los magnates, y aquella inmensa hoguera iluminaba la ciudad con un resplandor rojizo, poniendo de manifiesto los mutilados cadáveres que nadaban en balsas de sangre humana.

Lució por fin la aurora del siguiente día, pero no puso término á la horrenda bacanal.

Habían colocado una mesa en el centro de la plaza, destinada á las ejecuciones, y expuesto sobre ella el cadáver de Dimitri, con una máscara, una flauta y una gaita. Los restos de Alejo y Basmanoff estaban expuestos al pie de la mesa sobre un banquillo.

El pueblo, harto de sangre, se divertía en arrojar inmundicias sobre los despojos de aquel á quien había llamado *Sol y brillante estrella de la mañana*.

Al cabo de algunas horas, Chiuski fué saludado como czar, en el mismo sitio en donde poco tiempo antes había puesto su cabeza sobre el tajo...

¡Monstruosidad de los juicios humanos! ¡Quién habrá que os acate ni que os tema?

.....

Durante la algarada, un modesto talengo atravesaba con dificultad las calles, obstruidas de cadáveres y escombros.

Era de un honrado ciudadano de Perm, que se daba prisa en dejar aquel sumidero de crímenes y horrores.

—Padre, dijo un niño de pocos años que iba con él, ese infeliz tiene cortados los pies y las manos, y aún respira. Subámosle al carro y llevémosle á casa.

El honrado mujik, siguiendo la indicación de su hijo, bajó del carro, y colocó en él al mutilado, que empezaba á dar señales de vida.

El infeliz levantó su lánguida cabeza.

Era Jorge.

Había presenciado las horribles escenas de la noche anterior; había visto cómo mataban á sus dos amigos sin poder volar á defenderlos. ¡Cómo y por qué vivía?

Dios tiene en su divina mano los destinos de los hombres, y sabe por qué les conserva la existencia.

(Se concluirá.)

SALONES Y TEATROS.

Ya empieza á hablarse en todos los círculos de las expediciones veraniegas, y nuestras bellas sólo piensan en sus trajes de campo y playa.

A pesar de eso, Madrid está este año animadísimo, y ofrece bastantes encantos para retener á las graciosas fugitivas, si la Diosa-Moda no las impusiera la peregrinación constante, á pesar de su inconstancia, que se renueva todos los veranos.

Circos, teatros y jardines ofrecen espectáculos de todas clases, y bien pudiéramos decir, parodiando á un autor célebre, no tan sólo que Madrid está tranquilo, sino sobremanera alegre y satisfecho.

El *hombre-proyector* y el hombre que anda sobre el espejo hacen las delicias de los felices concurrentes al Circo de Price, que cada noche reúne un público más numeroso y escogido.

Al Circo-teatro del Príncipe Alfonso van los que gustan del ostentoso aparato escénico, y de reir un rato con sus inocentes bufonadas.

A la hora en que escribimos estas líneas se enuncia el nuevo pasatiempo original de dos autores muy aplaudidos, con música de varios países, titulado *Los Madrileños*. Se divide en dos actos y diez cuadros, denominándose los cuadros del siguiente modo: 1.º A la prevención. 2.º Oro y billetes. 3.º Correr... las estaciones. 4.º Tutti Tutti. 5.º Detrás del teatro. 6.º Romperse el alma. 7.º Gloria al arte. 8.º La reina de las aguas. 9.º Jerez y manzanilla. 10. La exposición vinícola, baile final. Dicen que la obra será presentada con lujo inusitado, y la deseamos un éxito lisonjero.

No ha contribuido poco la *Exposición vinícola*, ya que vamos á verla en escena, al esparcimiento de nuestra elegante sociedad en las tardes de la trascurrida primavera; pues ha sido el punto de reunión, y con justicia, de cuantas personas notables encierra la corte.

Debiendo cerrarse el 30 de este mes, aconsejamos á aquellos de nuestros lectores que no la hayan visitado que no dejen pasar la ocasión de admirar los milagros que puede hacer el arte combinado con el buen gusto.

La última velada literaria dada en el teatro de Jovelanos, y de la que fué protagonista, como en las anteriores, el ilustre Zorrilla estuvo brillantísima. El inspirado vate se excedió á sí mismo, leyendo bellísimas composiciones del modo inimitable con que él sólo sabe hacerlo.

También la Sra. Pezzana alcanzó un señalado triunfo en el teatro de la Comedia, interpretando el boceto trágico *Coriolano*, del eminente poeta D. Víctor Balaguer, escrito en catalán y traducido al castellano.

A pesar de las dificultades del idioma, la célebre artista desempeñó el papel que la estaba encomendado con la maestría que la es propia, y entre nutridas salvas de aplausos.

Los conciertos del Sr. Metra reúnen en los deliciosos jardines del Buen Retiro á lo más selecto de la sociedad madrileña. Nada falta allí, ni mujeres bellas, ni auras perfumadas, ni sombras misteriosas, ni acordes sublimes que conmueven las fibras del alma.

El Sr. Metra es un director y compositor inteligente, y cuenta con una notable orquesta que sabe secundar sus esfuerzos.

En el mismo Buen Retiro hay un teatro de verano, en el cual se representan graciosas zarzuelas, y á sus puertas otro teatro, el del Prado, en el que se pasa agradablemente el tiempo.

¡Exagerábamos cuando decíamos que sobran aquí diversiones para no ir á buscar las escasas que pueden ofrecernos una apartada campiña ó una desierta playa?

Además, nó todos los salones han cerrado sus puertas: si no se dan en ellos fiestas espléndidas, se dan veladas íntimas, que son mucho más gratas.

También se han verificado algunos casamientos entre personas de tono, lo cual ha proporcionado á la bulliosa juventud algún baile modesto, en el que el amor se ha despachado á su gusto, tendiendo sus redes á otros inocentes corazones, á quienes tal vez logre en breve conducir ante el ara de Himeneo.

Uno de los últimos enlaces verificados, ha sido el de la hija mayor del Sr. D. Miguel Lopez Martinez con don Pascual García Rodrigo, habiendo sido padrinos el señor Conde de Fuente-Nueva y la Ilma. Sra. Doña Antonia Arenzana, primo aquél y madre ésta de la desposada.

Asistieron á la ceremonia los señores marqueses de Aguila-Roja, vizconde de Torre-Alta, Melgarejo, García Rodrigo, Gomez de Velasco, Arenzana y otras muchas personas distinguidas.

La popular verbena de San Juan se ha efectuado este año con la alegría y la algazara de costumbre, y los vendedores han hecho buen negocio, como siempre, con la venta de sus buñuelos, rosquillas y frascos.

Se ha cantado, se ha bailado y se han olvidado por un instante todas las amarguras y penalidades de la vida.

VÍCTOR CUENDE.

SECRETOS DEL TOCADOR.

Una de las cosas más esenciales es cuidar de la dentadura; pero la mayor parte de los polvos dentífricos que se venden en las perfumerías

contienen sustancias nocivas, tales como alumbre, crémor de tártaro y polvos de coral, tres ingredientes que, si de pronto embellecen la dentadura,



36. Sombrero para jardín.

ra, determinan en breve tiempo su caída.

Mejor es, pues, prepararlos en casa, para lo cual ofrezco á mis lectoras dos recetas completamente inofensivas; la primera, muy conocida, pero por esto no menos excelente, se compone de 50 gramos de polvo de carbon muy fino, 10 gramos de sulfato de quinina, otro tanto de magnesia, y algunas gotas de

esencia de menta para el perfume. Se mezclan los polvos, y se pasan por un tamiz de seda.

Estos polvos tienen, sin embargo, el inconveniente de manchar la ropa si caen en ella.

La otra receta viene de Inglaterra, y se compone de talco reducido á polvo impalpable, perfumado con menta. Como este polvo es blanco, no mancha nada.

Hay también otros medios sencillos para limpiar la dentadura. Impregnar el cepillo con agua de jabón, ó raspar cortezas de pan y frotarse con ellas.

Los elixires no tienen por objeto blanquear los dientes, sino fortalecer las encías, de modo que su uso no dispensa el de los polvos.

Uno de los elixires más conocidos y más eficaces es el AGUA DE BOTOT, fácil de hacer en casa.

Para un litro y medio se ponen á macerar por espacio de quince días, en 860 gramos de aguardiente, las sustancias siguientes:

Anís, 30 gramos; clavo, 8; canela, 8; cochinilla, 8.

Después de la maceración se filtra y se añaden algunas gotas de esencia de menta para perfumarla.

Entre las infinitas aguas dentífricas conocidas, recomendaré las tres mejores y más inocentes,

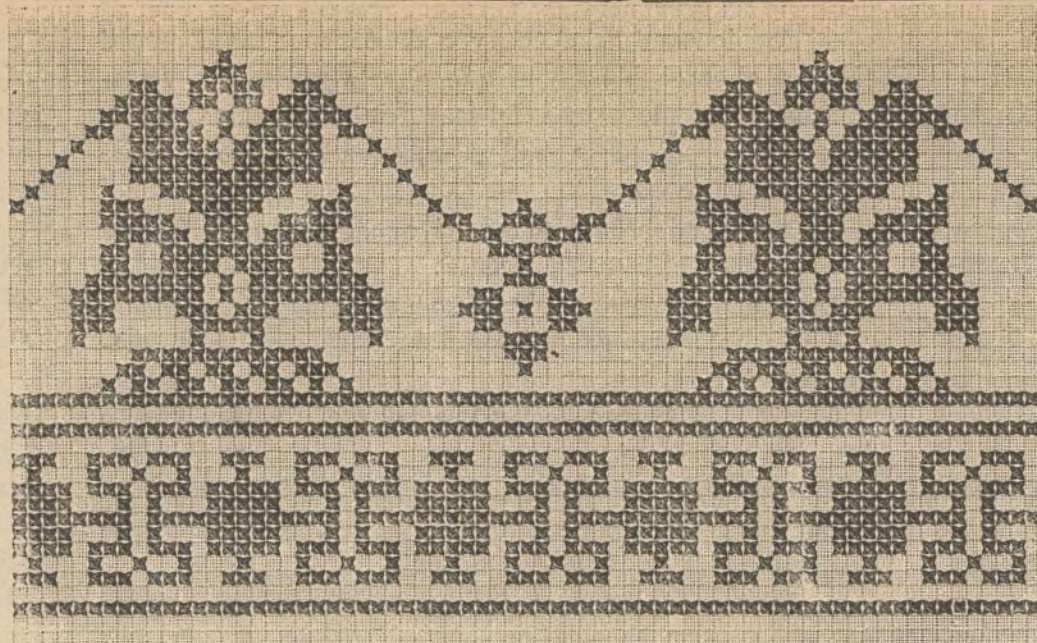
pues no contienen más que sustancias que por sí solas son

curativas.

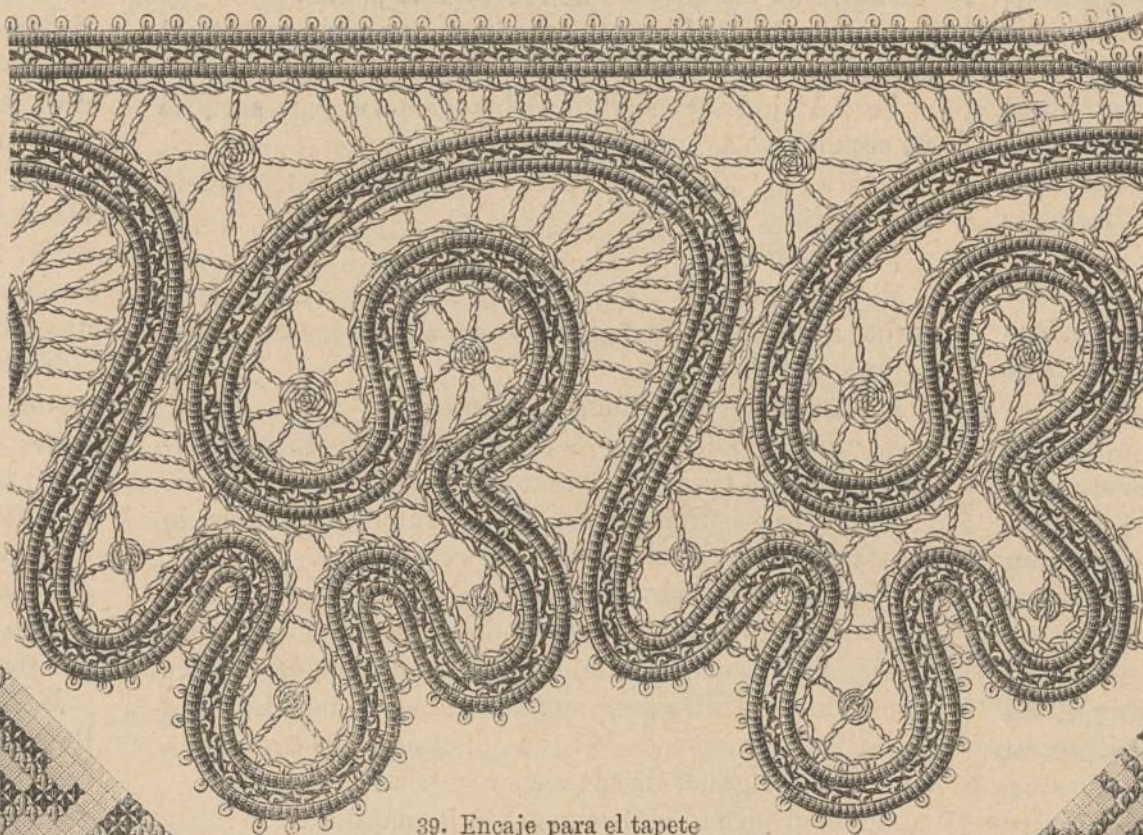
AGUA DENTÍFRICA ODONTÁLGICA.—Se machacan 12 gramos de raíz de pelitre, 60 gramos de raíz



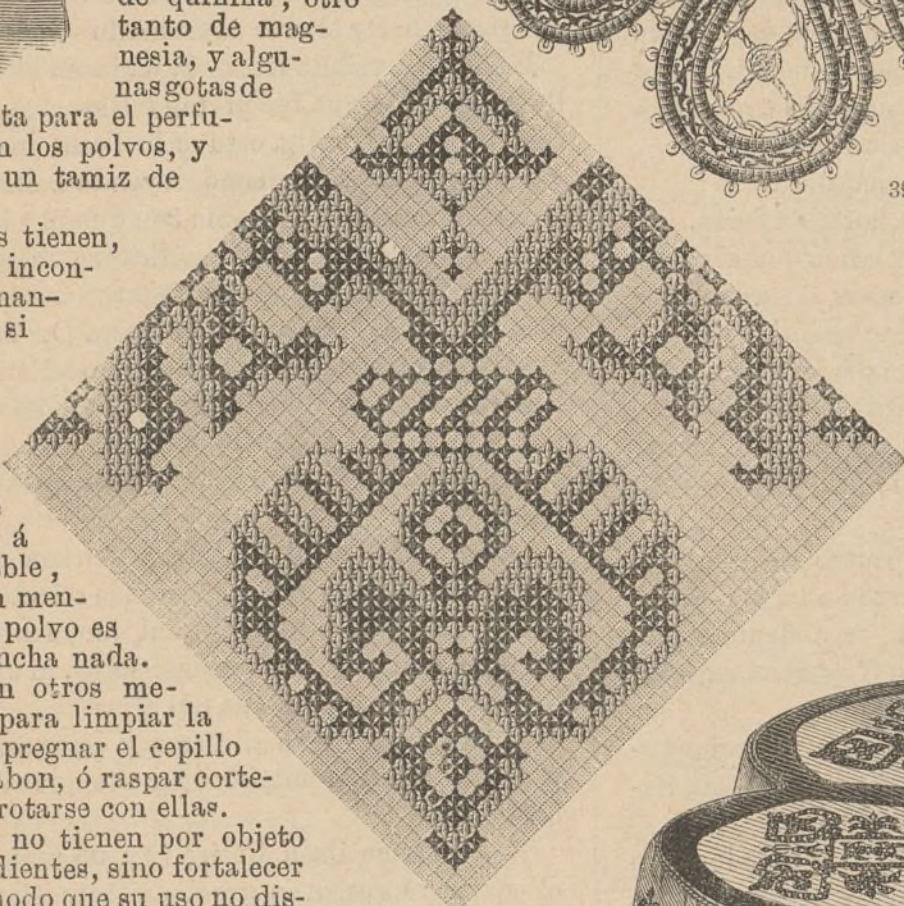
43. Silla para jardín. (Véase el núm. 42.)



38. Cenefa para el tapete núm. 41.



39. Encaje para el tapete núm. 41.



40. Cuarta parte de uno de los medallones del tapete núm. 41.



41. Mesa para jardín, forma de trébol. (Véase los núms. 38 á 40).



45. Cenefa para el fichú núm. 32.

de iris de Florencia, 30 centigramos de clavo inglés, 3 gramos de vétiver de la India. Se echan encima 60 gramos de alcohol de 90 grados, 10 gotas de esencia de menta ó bergamota, y se deja macerar el todo por espacio de quince días en un recipiente perfectamente tapado, que se agita de vez en cuando. Se filtra y se echa en frascos pequeños.

AGUA DE TO-

DAS LAS VIRTUDES.—Para obtener

un litro de este elixir, se toman 60 gramos de guayaco ó palo-santo, que es un árbol de la India, otro tanto de pelitre, 15 gramos de benjoui, otro tanto de bálsamo de tolú y otro tanto de raíz de angélica de Bohemia. Luego 5 gramos de mirra, 5 de canela, de corteza de granado y de vainilla. Se machaca bien todo

junto, y se pone á macerar en un litro de alcohol de 80 gra-

dos. Se destila al baño de maría; se añade un $\frac{1}{4}$ de litro de mismo alcohol y la mitad de esta cantidad de menta y coquearia, planta antiescorbútica.

Los perfumistas añaden cochinilla para darle color, pero no es necesario. Se emplea una cucharada de café para un vaso de agua.

AGUA PARA FORTALECER LAS ENCÍAS.

—Guayaco ó palo-santo, 15 gramos; clavo, 15; pelitre y nuez moscada, 4; aceite de romero; 10 gotas de aceite de bergamota. Se pone á macerar el todo por espacio de un mes.

AGUA CONTRA LA CÁRIES.—Se hacen disolver 2 gramos de amoníaco de sal en 500 gramos de aguardiente.



37. Sombrero para playa.

Explicación del figurín núm. 1271.

FIG. 1.^a Traje de verano para desposada.—Vestido de faya blanca guarnecido con botones y cinturón plegado. Gola y mangas bordadas. Collar con cruz, grupo de flores de azahar en el peinado y velo largo y flotante.

FIG. 2.^a Traje para concierto, teatro ó baile.—Este precioso, al par que rico traje, es de una frescura incomparable. Es de faya verde-agua con plises y ruffles de gasa del mismo color y anchos volantes de encaje blanco,

graciosamente dispuestos en el

cuerpo, las mangas y la falda, completándose el adorno con grandes lazadas de faya. Por delante el cuello se prolonga en solapas abiertas en corazón. Gola y mangas de encaje; abanico de moda con el país de encaje; lazados verdes en el peinado.



44. Silla para jardín

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra, 7)

Ayuntamiento de Madrid